

Agustín, guía de peregrinos

Hacia una teología agustiniana de la peregrinación

Para conocer el alma de san Agustín hay que ir al fondo de sus gemidos y ansias de peregrino, es decir, de un ser en destierro que llora junto a los ríos de Babilonia, suspirando por el eterno descanso. Fácilmente nos lo imaginamos, recordando cuadros artísticos, sumergido en meditación, rodeado de volúmenes, que llevan los títulos: *De Trinitate*, *De civitate Dei*, *Confessiones*, manejando rollos de pergamino a la luz de la pobre lámpara o de la que entra por un ventanuco.

Pero con igual derecho podríamos imaginarle con su traje de peregrino y su bordón de viaje, seguido de multitudes de gentes diversas, que desfilan detrás de él, cumpliendo su consejo: *Canta et ambula*¹. La vida cristiana tuvo para él un sentido de romería: «Toda la vida cristiana es un santo deseo de caminar a la patria eterna. El día en que tú dices: ya basta, estás perdido. Adelante siempre, avanza siempre, *semper ambula*. No te quedes en el camino, no te vuelvas atrás, no salgas de él. El que no avanza, retrocede; el que abandona la fe, pierde la ruta; más seguro va el cojo por el camino, que el corredor fuera de él»².

Estas palabras parecen de una arenga de peregrino a peregrinos. El *status viae*, que define la existencia cristiana, adquiere en estas fórmulas, que se han hecho célebres en la historia de la espiritualidad, una consagración programática y esencial. Subyace en ellas toda una teología de la peregrinación, y una actualidad que compite con la teología de la

1 *Sermo* 256, 3 *PL* 38, 1193.

2 *Sermo* 169, 15 *PL* 38, 926.